

Olimpo entero, no hubiera podido pagar la vigésima parte de esta suma. El dios de los Judíos había pronunciado la destrucción de su templo, y Juliano se esforzó en vano en reedificarlo.

La grande peste y la erupción del Vesubio que costó la vida á Plinio el naturalista, pertenecen á esta época (53).

Ebion, Cerinto y Menandro, discípulo de Simon, iban predicando sus herejías: los filósofos fueron nuevamente desterrados de Roma; eran estos Euphrates, Tirio, primero amigo y despues adversario de Apolonio de Tyana; Demetrio el Cínico, Artemidoro, Darnis el Pitagórico, Epiclete el Estóico, Luciano el Epicúreo, Diógenes el Joven cínico, Heras y Dion de Prusia; Musonio fue el único con quien no se ensañó Vespasiano.

El papa Clemente acabó de gobernar la Iglesia el año 77 de Jesucristo, cediendo su cátedra á San Anacleto ó Cleto\*, para evitar un cisma (54). Atribúyense al citado pontífice las obras mas antiguas despues de los libros canónicos.

Nunca\*\* se advirtió mayor desemejanza entre dos hermanos que la que existió entre Domiciano y Tito. En el reinado de Domiciano\*\*\*, las tribus del Norte impelidas quizás por el cuerpo principal de los Godos que se acercaba, se movieron en las fronteras del imperio. Domiciano fue batido en Germania por los Cuados y los Marcomanos, y compró la paz á Decébal, caudillo de los Dácios, pagándole una especie de tributo anual. Aprovecháronse los Bárbaros de este primer ejemplo de debilidad: y segun los tiempos y las circunstancias continuaron vendiendo á los emperadores una paz, cuyo precio les servia á su placer para volver á empezar la guerra.

Aunque vencido, no dejó Domiciano de decretarse los honores del triunfo, y tomó con razon el nombre de *Dácico*. Dió juegos, se consagró estatuas, y se arastró en la gloria en que otros emperadores se habian precipitado.

Sus armas fueron mas felices en la Gran Bretaña, pues Agrícola batió á los Caledonios, y su flota dió la vuelta á la isla por el Septentrion.

El imperio recibió un golpe funesto con el aumento de la paga de los soldados, porque aumentó la influencia de estos, harto considerable ya; y el gobierno degeneró en república militar: es una ley eterna que la libertad, indestructible por su naturaleza, brille en alguna parte.

Domiciano persiguió á los filósofos (55) á quienes se confundia con los cristianos, por lo cual se retiraron á los confines de las Galias, á los desiertos de Libia y á la Escitia. Apolonio interrogada por Domiciano, mostró un gran arrojo y una franqueza rústica.

Comenzó á verse en todas partes la sucesión de los obispos. Abiio sucedió en Alejandria á San Marcos; en Roma San Evaristo á San Cleto, y Alejandro I ó Sisto I á San Evaristo. Hacia el fin de su reinado, Domiciano se lanzó, por decirlo así, sobre los fieles, y el apóstol San Juan, desterrado en la isla de Patmos, tuvo sus visiones apocalípticas. Flavio Clemente, cónsul y primo hermano del emperador, que destinaba los dos hijos de Clemente al imperio, habia abrazado la fe, y murió decapitado. El Evangelio hacia rápidos progresos en las clases elevadas de la sociedad.

Asesinado Domiciano, no apareció Nerva en pos de él, sino para abolir el crimen de lesa-magestad (56), castigar á los delatores y llamar á Trajano\*\*\*\* á la púrpura: tres beneficios que le han granjeado la gratitud de los hombres.

En el reinado de Trajano llegó el imperio á su ma-

\* ANACLETO, papa. A. de J. C. 77.

\*\* DOMICIANO, emper.

\*\*\* ANACLETO, EVARISTO, SIXTO, papas. A. de J. C. 82.-97.

\*\*\*\* NERVA, TRAJANO, emper. EVARISTO, ALEJANDRO, I. papas A. de J. C. 97.-118.

yor grado de prosperidad y de poder. Este príncipe admirable solo tuvo la debilidad propia de los corazones magnánimos: amó demasiado la gloria. Vencedor de Decébal, redujo la Dácia á provincia; pero esta conquista, que fue un objeto de triunfo, debía trocarse en un motivo de luto, porque destruyó el último pueblo que separaba á los Godos de los Romanos. Trajano llevó la guerra á Oriente, dió un rey á los Partos, tomó á Suza y Ctesiphon, sometió á la Armenia, la Mesopotamia y la Asiria, bajó al golfo Pérsico, vió el mar de las Indias y se apoderó de un puerto en las costas de Arabia; despues de estas empresas dejó de existir, y su sucesor, sea por prudencia, sea por envidia, abandonó sus conquistas.

Debemos colocar en el último año del primer siglo de la era cristiana la muerte de San Juan en Efeso; este apóstol se daba asimismo en sus postreras cartas el nombre de *anciano* ó de *presbítero* de la palabra griega *presbyteros*. «Hijos míos, amaos unos á otros;» tales eran sus únicas instrucciones; habia sido testigo de la Pasion sesenta y seis años antes. San Judas, San Bernabé, San Ignacio, y San Policarpo, se daban á conocer por sus doctrinas. Las sucesiones de los obispos se verificaban en mayor número y con mas publicidad: Ignacio y Heron en Antioquia, Cerdon y Primino en Alejandria, se sucedieron mutuamente. En pos del papa Evaristo vinieron Alejandro, Sixto y Telesforo, mártir.

Los cristianos padecieron en el reinado de Trajano, no precisamente como cristianos, sino como individuos de sociedades secretas. Una carta de Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, fija la época en que los cristianos empezaron á figurar en la historia general.

«Ha aparecido un libelo anónimo que contiene los nombres de muchos que niegan ser cristianos ó haberlo sido. Cuando he visto que invocaban los dioses conmigo, y que ofrecian incienso y vino á vuestra imagen que espresamente habia yo mandado traer con las estatuas de los dioses; y cuando he visto además que maldecian á Cristo, he creído que debía devolverles la libertad, porque dicen que es imposible obligar á estos actos á los que son verdaderamente cristianos... Ved aquí á lo que aseguraban se reduce su falta ó error: acostumbra reunirse antes de la salida del sol, y entonan juntos en dos coros un cántico en honor de Cristo, cual si fuese un Dios; se obligan por juramento, no á un crimen, sino á no cometer hurtos, latrocinios ni adulterios; á no faltar á su palabra y á no negar un depósito; luego se retiran y vuelven á reunirse para asistir á una comida parca y modesta, y que aun esto se habian abstenido de verificarlo despues de mi bando, en el que, cumpliendo vuestros mandatos, prohibe las reuniones... El caso me ha parecido digno de ser consultado, principalmente á causa del número de los acusados, porque corren peligro muchas personas de todas las edades, sexos y condiciones. Esta superstición ha infestado, no solo las ciudades, sino tambien las aldeas y los campos, y me parece que aun podemos contenerla y curarla. Al menos es indudable que se ha vuelto á frecuentar los templos casi abandonados, que se vuelve á celebrar los sacrificios solemnes despues de una gran interrupción, y que se venden en todas partes las victimas, siendo así que muy pocos las compraban ya. De esto puede deducirse fácilmente la multitud de los que se corregirán si se abre la puerta al arrepentimiento.»

El universo cristiano ha desmentido hace mucho tiempo las esperanzas de Plinio. ¡Mas qué progresos tan rápidos y admirables! ¡Los templos abandonados! ¡No habia ya quien comprase las víctimas! ¡Y apenas habia espirado el evangelista San Juan!

Trajano, en su respuesta al gobernador, le previno que no debía perseguirse á los cristianos, pero que si eran denunciados y convictos, era preciso castigarlos;

que en cuanto á los libelos anónimos, no podian servir de materia á las acusaciones, y que perseguirlos seria un ejemplo pernicioso é indigno del siglo de Trajano (57)

La historia presenta pocos documentos mas notables que esta correspondencia entre uno de los últimos escritores clásicos de Roma, y uno de los monarcas mas grandes que honraron el imperio, por lo que respecta al estado de los primeros cristianos.

Adriano mantuvo la paz, comprándola á los Bárbaros, quizá porque su predecesor habia juzgado mas honroso y seguro emplear igual suma en hacerles la guerra. Naturalmente envidioso de los triunfos ajenos, no perdonó á Apolodoro el arquitecto, ni á Trajano el emperador. Viajero coronado, gran administrador, y amigo de las artes, cuyo genio renovó, visitó los lugares célebres de su imperio; y la historia ha notado que evitó pasar por Itálica, su oscura patria. Persiguió á sus amigos, salió del mundo diciendo chanzonetas acerca de su alma, (58) y dejando á los Romanos, dignos de tal regalo, un dios mas: el dios Antinoo.

Este príncipe, que habia creado una divinidad, temió ser rechazado del Olimpo; grandes esfuerzos, costó á Antonia, obtener para él aquella apoteosis con que los señores del mundo prolongaban la ilusión de su pederío.

Multiplicábanse las herejías: habian aparecido Saturnino, Basíldes, Carpocras, y los Gnósticos. Iba en aumento la calumnia contra los cristianos, que preocupaban extraordinariamente al gobierno y á la opinión pública. El pueblo los acusaba de sacrificar niños, de beber su sangre, de comer carne humana, de hacer en sus asambleas secretas que los perros apagasen las antorchas, y de unirse en las sombras al acaso, como las bestias.

Los filósofos por su parte atacaban al judaismo y al Cristianismo, mirando al primero como origen del segundo. Entonces empezaron los fieles á escribir y á defenderse: Cuadrato, obispo de Atenas, presentó su apologia á Adriano, y Aristides, tambien ateniense, publicó otra apologia. Adriano mandó suspender la persecucion. Eusebio nos ha conservado la carta que escribió á Minucio-Fondato, proconsul de Asia: (59) «Si alguno acusa á los cristianos, decia, y prueba que quebrantan las leyes, juzgarlos segun el delito; pero si los calumnian, castigad al calumniador.»

Adriano estableció colonos en Jerutalen y levantó entre sus ruina una ciudad llamada Elea-Capitolina; algunos judíos reunidos en esta nueva ciudad se sublevaron otra vez, fueron exterminados. La Judea se convirtió en una soledad: prohibióse á los Israelitas diseminados que entraron en Jerusalem, y hasta que la miraran desde muy lejos: ¡tan invencible era su amor á Sion! Colocóse en el santo sepulcro el ídolo de Júpiter, levantóse en el Calvario una Venus de mármol, y plantóse un bosque en Belen; y la consagración á Adonis del pesebre en que habia nacido Jesús, profanó aquellos lugares, asilo de la inocencia (60.)

La herejía de Valentin, el martirio de Santa Sinforsosa, y de sus siete hijos en Tibur para la dedicación de los jardines y palacios de Adriano, terminaron por lo que concierne á los cristianos, el reinado de este emperador.

Antonino\*\* fue el mas amado de todos los emperadores, y el mas respetado de los pueblos limitrofes del imperio. Justo en extremo, tuvo varios rasgos de semejanza con Numa, y su carácter compasivo le hizo mas apto para el gobierno que lo habian sido los Titos

\* ADRIANO, emper. ALEJANDRO, SIXTO I, TELESFORO, papas. A. de J. C. 118.-138.

\*\* ANTONINO, emper. HIGINIO, PIO I, ANICETO, papas. A. de J. C. 139.-162.

y Trajanos: la ciencia de las leyes va unida con la de la religion.

Dejáronse ver en el reinado de Antonino los dos heresiarcas Marcion y Apeles: Justino, filósofo cristiano, publicó su primera apologia dirigida al emperador, al Señado y al pueblo romano, y habló de los misterios sin disfraz. Santa Felicitas confesó á Cristo, con sus hijos.

Marco Aurelio amaba la paz por carácter y por filosofía; y no obstante, tuvo que sostener numerosas guerras con los Bárbaros. Los Cuados, que se perdieron en la Liga de los Francos, amenazaron á Italia con una irupción: los Marcomanos, ó por mejor decir, una confederación de los pueblos germanos, impelidos por los Godos, y otros pueblos que les oprimian se procuraron establecimientos en el imperio. Habian aprovechado el momento en que las legiones romanas se ocupaban en defender el Oriente contra los Partos; acercábase la grande invasion, y el mundo empezaba á agitarse. Habiendo Marco-Aurelio asociado al imperio á su hermano adoptivo, Marco-Verro, rechazó con él á los agresores, y quedaron vencidos los Marcomanos y los Cuados. A consecuencia de estas guerras, los Romanos recobraron cien mil prisioneros, y las colonias de bárbaros que se habian formado en la Dácia, la Panonia, ambas Germanias y hasta Rávena, en Italia. Levantáronse estas, y enseñaron á los Romanos lo que debian temer de semejantes colonos. Cien mil prisioneros devueltos, suponen ya en las naciones septentrionales un poder y una regularidad en el gobierno, en que no se ha fijado bastante la atencion.

Las artes y las letras despidieron su postrer resplandor en los reinados de Trajano, Adriano, Antonino y Marco-Aurelio: este es el segundo siglo de la literatura latina, en la cual debemos estudiar los conocimientos que suministró el genio moribundo de la Grecia sometida á los Romanos, porque entonces aparecieron Tácito, los dos plinios, Suetonio, Floro, Galeno, Sexto Empírico, Plutarco, Ptolomeo, Arriano, Pausanias, Apiano, Marco-Aurelio y Epitecto, emperador el uno esclavo el otro; y brilló, en fin, Luciano, que se burlaba de los filósofos y de los dioses.

Marco-Aurelio murió sin haber podido terminar completamente la guerra de los Bárbaros, y despues de haberse visto obligado á sofocar la rebelion de las colonias militares. Dejó el imperio á su hijo Cómodo; hubo en esto un error de la naturaleza, que la filosofía debió haber precauido.

Si los Romanos debieron por largo tiempo los triunfos de sus armas á la disciplina, á la orgnización de las legiones y á la superioridad del arte militar; debiéronlos á la necesidad en que se hallaban los legionarios de combatir en todos los climas, de alimentarse con todas las sustancias, y de endurecerse por medio de largas y fatigosas marchas. Los pueblos de la Europa moderna, (exceptuando la nacion francesa en las últimas conquistas de su última revolucion); los pueblos de la Europa moderna, divididos en pequeños Estados, han combatido casi siempre contra sus vecinos, ó sobre el suelo patrio á escasa distancia de sus hogares. Mas el imperio romano encerraba en su seno el mundo conocido: sus soldados, pasaban de las márgenes del Danubio y del Rhin á las del Eufrates y del Nilo; de las montañas de la Caledonia, la Helvecia y la Cantabria á la cordillera del Cáucaso, del Tauro y del Atlas; de los mares de Grecia á las arenas de la Arabia y á los campos de los Numidas. Empréndense al presente largos y peligrosos viajes en los psises que las legiones recorrian para mudar de guarnición; esas empresas de Ultramar, que tan célebres hicieron á las Cruzadas, no eran para los Romanos sino el movimiento de un

\* AURELIO, emper. ANICETO, SOTERO, ELEUTERIO, papas. De J. C. 162.-181.

cuerpo de tropas que habiendo salido de la Batavia se dirigían á revelar una guarnición á Jerusalén. El general que se trasladaba á regiones tan diversas, y que obligado á emplear los recursos peculiares de cada una se servía del camello y del elefante debajo de las palmeras, y de la mula y del caballo debajo de las encinas, extendía su experiencia y sus talentos con el vuelo de sus águilas.

El mundo romano no presentaba un aspecto uniforme: los pueblos subyugados habían conservado sus costumbres, sus trajes, su idioma, sus dioses indígenas y sus leyes locales; en lo exterior no se conocía en ellos la dominación extranjera sino por los caminos militares, los campos atrincherados, los acueductos, los puentes, los anfiteatros, los arcos de triunfo y las inscripciones latinas grabadas en los monumentos de las repúblicas y de los reinos incorporados al imperio; en lo interior, la administración civil, fiscal y militar, los perfectos y los procónsules, las municipalidades y los Senados, y la ley general que dominaba las justicias particulares, anunciaban un dueño común. Los Romanos no habían impuesto á la tierra sojuzgada sino sus armas, su código y sus juegos.

Marco-Aurelio, adepto de la escuela estoica, aborrecía á los discípulos de la cruz por una especie de vivacidad de secta. Debemos estar dispuestos siempre á morir, decía en una de sus máximas, en virtud de un juicio que nos sea propio, no por el capricho de una mera obstinación, como los cristianos. Hubo muchos mártires durante su reinado: Policarpo en Esmirna, Justino en Roma, después de haber publicado su segunda apología, los confesores de Viena y de Lion, á cuya cabeza brillaba Potino, anciano que pasaba de noventa años, y á quien sucedió Ireneo en la cátedra de Lion.

En esta época, los apologistas, como Alhenágoras cambiaron de lenguaje, y de acusados se convirtieron en acusadores: defendiendo el culto del verdadero Dios, atacaron el de los ídolos. Por otra parte, los magistrados no fueron los únicos promovedores, de las persecuciones, pues las pidieron los pueblos: el levantamiento de las masas en Viena, Lion, y Autun, multiplicó las víctimas en las Galias (64), lo cual prueba que los cristianos no eran ya una reducida secta limitada á algunos iniciados, sino un considerable número de hombres que amenazaban el antiguo orden social, y que armaban contra ellos los añejos intereses y las preocupaciones antiguas. La legión Fulminante compuesta en parte de discípulos de la nueva religión, obtuvo una victoria en 174 contra los Sármatras, los Cuados y los Marcomanos: victoria reproducida en los bajos-relieves de la columna Antonina; según Eusebio, Marco-Aurelio se confesó deudor de su triunfo á las oraciones de los soldados de Cristo (62).

El Evangelio había hecho tales progresos que Meliton, obispo de Sardis en Asia, decía á Marco-Aurelio en una exposición, «Se persigue ahora á los servidores de Dios..... Nuestra filosofía estaba antes difundida entre los Bárbaros; vuestros pueblos recibieron su luz en el reinado de Augusto, y á ella es debida la felicidad de vuestro imperio (63).»

Un rey de los Bretones, tributario de los Romanos, escribió el año 170 al papa Eleuterio, sucesor de Sotero, pidiéndole misioneros, quienes sembraron la fe en las poblaciones británicas, bien así como el monge Agustín, enviado por Gregorio el Grande, predicó andando el tiempo el Evangelio á los Sajones vencedores de los Bretones.

Brillaba no obstante en Marco-Aurelio bastante moderación para no abandonarse enteramente al odio de que estaban animadas las escuelas filosóficas; así pues, escribió el año décimo de su reinado á la comunión del pueblo del Asia Menor, reunida en Efeeso una carta llena de tolerancia, y aun excedió á sus antecesores, porque decía: «Si un cristiano es acu-

sado en calidad de tal, absolvelle, aun cuando quede convicto de serlo, y perseguid al acusador (64). Pero le era difícil luchar contra la superstición y la filosofía, aliadas de un modo extraño para destruir al enemigo común.

Los Marcionistas, los Montanistas y los Marcianos, introdujeron nueva confesión en la fe.

Con Marco-Aurelio espiró la era de la felicidad de los Romanos, bajo la autoridad imperial, y comenzaron de nuevo tiempos horribles que no cesaron ya sino por la transformación de la sociedad. Para pintar su historia basta un solo rasgo: Cómodo y sus sucesores hasta Constantino, perecieron casi todos de muerte violenta. Cuando Marco-Aurelio hubo desaparecido, los Romanos volvieron á sumirse con tanto ardor en la abyección, que se les hubiera podido tener por hombres vueltos de nuevo á la libertad, pues solo se habían emancipado de las virtudes de sus antiguos señores.

Dignos son de notarse dos efectos del poder absoluto sobre el corazón humano.

No ocurrió siquiera á los buenos príncipes que gobernaron el mundo romano, la idea de dudar de la legalidad de su poder, ni la de restituir al pueblo los derechos que le habían sido usurpados.

El mismo poder absoluto trastornó la razón de los malos príncipes. Los Nerones, los Calígulas, los Domitianos y los Cómodos, fueron verdaderos insensatos; y para no asombrar demasiado á la tierra, el cielo revistió con la locura sus crímenes, como para darles en cierto modo un carácter de inocencia.

Habiendo encontrado Cómodo á un hombre de extraordinaria corpulencia, le partió en dos para probar su fuerza y gozar del placer de ver esparcidas las entrañas de la víctima (65). Llamábase Hércules; quería que Roma variase el nombre y tomase el suyo, y algunas vergonzosas medallas han perpetuado la memoria de este insano capricho. Cómodo pereció por la indiscreción de un niño, por el veneno que le dió una de sus concubinas, y por la mano de un atleta que ahogándole acabó lo que el veneno había comenzado (66).

En el reinado de Cómodo apareció una nueva raza de destructores: hablo de los Sarracenos, tan funestos al imperio de Oriente.

Pertinaz, que sucedió á Cómodo, se mostró digno del poder: su ambición era de aquellas que inspira el convencimiento de los talentos que se poseen y no la envidia de los que no pueden conseguirse. El nuevo emperador hizo reclamar á los Bárbaros el tributo que se les pagaba, y ellos lo devolvieron; paso vigoroso fue este: pero los antecesores de Pertinaz al inmolarse á su debilidad ó á sus vicios la dignidad y la independencia romanas, habían causado un daño irreparable; Podíase acaso rescatar el honor de un Estado que iba á venderse en pública subasta.

Pertinaz era un soldado rígido, y los pretorianos le asesinaron: ofrecióse el imperio al mejor postor y hubo dos licitadores de tiranía que se disputaron los harapos de Tiberio: Didio Juliano venció en puja á su competidor, merced á un exceso de mil y doscientas dracmas (67), y los pretorianos entregaron la mercancía de ciento veinte millones de hombres á Didio, que no pudiendo pagar el valor de la adjudicación (68), se vió amenazado de ser ejecutado por deudas. En otro tiempo el Senado había proclamado la venta de una porción del territorio de la república; el lugar en que acampara Anibal.

El Senado de Didio se sintió sin embargo avergonzado, y se sobrecogió de pavor cuando supo que se habían insurreccionado las legiones que habían elegido á tres emperadores. Diéronse todos prisa á reparar

\* Cómodo, emper. ELEUTERIO, papa. A. de J. C. 181.-192.

\*\* PERTINAZ, JULIANO, emper. VICTOR, papa. A. de J. C. 193.

una bajeza con una crueldad; al cabo de sesenta y seis días Didio fue depuesto y condenado. «¿Qué crimen he cometido?» preguntaba llorando (69). El desgraciado no había tenido tiempo para adquirir la práctica de la tiranía é ignoraba que haber comprado el imperio y no haber quitado la vida á nadie, era una contradicción que hacia imposible su reinado: hombre vulgar, era harto inferior á su crimen.

No sabemos por qué Roma se avergonzó de la elevación de Didio Juliano, á no ser porque sintió uno de esos movimientos de dignidad natural, que brotan algunas veces en medio de la abyección. Dionisio decía en Corintio á los que le inculcaban: «Sin embargo, he sido rey.» Un pueblo degenerado que nunca había pensado en prescindir del yugo cuando tenía el poder de nombrarse un dueño, llamó al imperio á Pescenio Niger, que mandaba en Oriente; mas las legiones de Iliria habían elegido á Séptimo-Severo, y las legiones británicas á Clodio Albino. Entonces se encendieron nuevamente las guerras civiles: Severo quedó vencedor de Niger en tres combates en Asia, siendo igualmente dichoso contra Albino en la batalla de Lion; y á pretexto de castigar á los partidarios del último, mandó dar muerte á gran número de senadores. Las fortunas de las familias senatoriales eran enormes, y no se conseguía menoscabarlas con el mal entendido impuesto; así pues, el crimen de lesa-majestad fue inventado como una ley de hacienda, porque envolvía la confiscación de bienes. Vemos á algunos príncipes anunciar al subir al imperio, que no harán morir á senador alguno: esto equivalía á declarar que no imponerían nuevos impuestos.

Severo\* había nacido en Leptis, en la costa de Africa; y véase cómo por este hecho el jefe de los Romanos hablaba la lengua de Anibal. Reunía la crueldad y la fe púnica, y no carecía de cierta grandeza: á imitación de Vitelio disolvió al pronto la guardia pretoriana; después la restableció y aumentó componiéndola de los soldados mas valientes de las legiones de Iliria; hasta entonces solo se habían admitido en este cuerpo hombres sacados de Italia, de España y de la Norica, provincias reunidas hacia mucho tiempo al imperio. Los Bárbaros se aproximaban mas y mas al trono; pronto los veremos elevarse al rango de los favoritos y ministros, para llegar á ser emperadores.

Severo obligó á los senadores á colocar á Cómodo en la clase de los dioses: «¿Bien les está por cierto, decía, mostrarse escrupulosos! ¿Valen á caso mas que ese tirano?» Interesábase á Severo no permitir la degradación de Cómodo, puesto que intentaban entregar el mando á Caracalla. Los emperadores procuraban, por los medios indirectos de la asociación, y por los títulos de Augusto y de César, hacer la púrpura hereditaria; pero dos cuerpos, el ejército y el Senado, les oponían obstáculos; en uno de ellos existía el hecho, en el otro el derecho: y el hecho y el derecho, que con tanta frecuencia se combaten, se entendían entre sí para disfrutar lo que se habían apropiado despojando al pueblo romano.

Después de haber triunfado de los Partos, Severo, al fin de su vida pasó á la Gran-Bretaña, batió á los Caledonios, y levantó para contenerlos las murallas que llevan su nombre: á esta época pertenece la fábula de Fingal.

Habiase casado el emperador con Julia Domna, natural de Emeso en Siria, mujer dotada de hermosura, gracias, instrucción y valor; tuvo de ella dos hijos, que fueron Caracalla y Geta, cuyo mútuo odio se hizo sentir desde la infancia. Caracalla, ansioso de reinar, intentó deshacerse de su padre cuando este se hallaba empeñado en la guerra de la Caledonia. Severo, habiendo entrado en su tienda se acostó, puso una es-

\* SÉPTIMO SEVERO, emper. VICTOR I, ZEPHERINO, papas. A. de J. C. 193-212.

pada á su lado, y mandó llamar á su hijo. «Si quieres matarme, le dijo, toma esa espada, ó manda á Pepiniano, aquí presente, que me degüelle; te obedecerá, porque te nombro emperador (71).»

Algun tiempo después, hallándose Severo enfermo en York, y conociendo que se aproximaba su fin, dijo: «Lo he sido todo, pero todo es nada (72).» Habíendose acercado el oficial de guardia á su lecho, le dió por contraseña: *Trabajemos* (73); dicha esta palabra, dejó de existir.

Los reinados de Cómodo, Pertinaz, Juliano y Severo, vieron brillar la elocuencia de los primeros Padres de la Iglesia: entre los Padres griegos descuellan San Clemente de Alejandría (cuyas obras titúladas el *Maestro* y los *Estrómatas* están llenas de hechos curiosos): entre los Padres latinos, Tertuliano es el Bossuet de Africa. San Ireneo, aunque escribió en griego, declara en su tratado contra las herejías que, como habitaba entre los Celtas y se veía precisado á hablar y oír una lengua bárbara, no se debía exigirle las galas y la lozanía del estilo. Nos manifiesta que el Evangelio se había divulgado ya por todo el mundo; cita las iglesias de Germania, de la Galia, de España, de Oriente, de Egipto, de Libia, alumbradas, dice, con una misma fe, así como con un mismo sol (74). Nombra á los dos obispos que se sucedieron en Roma desde Pedro hasta Eleuterio, afirma que él había conocido á Policarpo, á quien los apóstoles consagraron obispo de Esmirna, el cual había hablado con muchos discípulos que vieron á Jesucristo (75). Este es uno de los testimonios mas terminantes de la tradición.

Por este tiempo, Panteno, jefe de la escuela cristiana de Alejandría, predicó á las naciones orientales, y penetró en las Indias, donde encontró muchos cristianos en posesión del Evangelio de San Mateo, escrito en lengua hebráica, y legado, á aquella Iglesia por el apóstol Bartolomé (76).

Vemos por los dos libros de Tertuliano dirigidos á su mujer, que los enlaces, entre los cristianos y los paganos empezaban á ser frecuentes; pero, según este orador, los mas disolutos de los paganos eran los que se casaban con cristianas, y las mas frágiles de estas las que se enlazaban con los paganos (77). Su tratado esparce mucha luz sobre la vida doméstica de las familias de ambas religiones.

El número de los discípulos del Evangelio se aumentó mucho en Roma en el reinado de Cómodo, principalmente entre las familias nobles y opulentas. Apolonio, senador instruido en la literatura y la filosofía, había abrazado el nuevo culto; mas habiendo sido delatado por uno de sus esclavos, sufrió el suplicio de la cruz en virtud del edicto de Marco-Aurelio, que prohibía acusar á los cristianos en calidad de tales (78). Pero Apolonio fue condenado á su vez á perder la cabeza, porque todo cristiano que comparecía ante los tribunales y no se retractaba de su creencia, era castigado con la muerte. Apolonio pronunció en pleno Senado una apología completa de la religión.

Habiendo muerto el papa Eleuterio, tuvo por sucesor á Victor, quien gobernó la Iglesia de Roma por espacio de doce años.

El emperador Severo amó al principio á los cristianos, pues confió la educación de su hija mayor á uno de ellos, llamado Próculo, y protegió á los miembros del Senado, convertidos á la fe, pero mudó de parecer mas adelante, y provocó una persecución general en la que perecieron Perpetua, Felicidad y San Ireneo, con una multitud de su pueblo. Tertuliano escribió la elocuente y célebre apología, en que se explicaba así: «Somos de ayer y llenamos ya vuestras ciudades, vuestras colonias, el ejército, el palacio, el Senado, el foro; solo os dejamos vuestros templos (79).» Publicó su *Ehortación á los mártires*,

sus tratados de los *Espectáculos*, de la *Idolatría*, de los *Adornos de las mujeres*, y su libro de las *Prescripciones*, obra admirable que sirvió de modelo á Bossuet en su obra clásica de las *Variaciones*. Tertuliano cayó en la herejía de los Montanistas, que convenía á la severidad de su genio. Orígenes empezaba á darse á conocer en esta época.

Durante la persecucion de Severo procuraron los cristianos ponerse al abrigo de sus verdugos aplacándoles con dinero, y continuó esta costumbre.

Muerto Severo, reinó Caracalla con su hermano Geta, á quien no tardó en hacer asesinar en los brazos de su madre. Se ha conservado un dicho de Papiiano: habiendo sido invitado por el emperador á componer la apología del asesinato de Geta, se manifestó este jurisconsulto, menos complaciente que el filósofo Séneca, contestando: «Mas fácil es cometer un parricidio que justificarlo (80).»

Con Caracalla volvieron á aparecer en el trono la depravacion y la crueldad; hubo asesinatos en Roma, en las Galias y en Alejandría. Llamóse primero este emperador Bassiano, del nombre de su abuelo, sacerdote del Sol en Fenicia; y mudó su primer nombre en virtud de orden de Severo por el de Marco Aurelio Antonio. Los vicios de Caracalla, contrastando con las virtudes, bajo cuyo patrocinio intentaban ponerle, sirvieron tan solo para hacerle mas odioso. El desprecio del pueblo hizo desaparecer el sobrenombre glorioso confundiéndolo con el apodo de Caracalla, tomado del vestido galo con que hacia alarde de ataviarse el hijo de Severo.

Su padre habia conmovido el Estado introduciendo los Bárbaros en la guardia pretoriana: Caracalla completó el mal haciendo extensivo el derecho de ciudadano á todos los vasallos: quedó degradada la nobleza de la sangre romana; y por una especie de igualdad democrática, todo súbdito, bárbaro ó romano, fue admitido al concurso de la tiranía. Poco á poco se borraron las distinciones de ciudades libres ó de colonias, de derecho latino ó derecho itálico. En teoría esto era un bien, pero en la práctica un mal: no se trataba de libertad, sino de dinero; no de emancipar á las masas, sino de hacer pagar á los individuos como *ciudadanos* la vigésima parte de los legados y de las herencias, de la cual estaban exentos como *vasallos*. Perdiéronse las antiguas costumbres y la homogeneidad de la raza, y se trocó la fuerza de aquellas por la uniformidad de la administracion (81).

Caracalla tuvo como tantos otros la manía de imitar á Alejandro: aquellos plagiarios de un héroe olvidaban que la pica del Macedonio dió nacimiento á mas ciudades que las que destruyó. En las orillas del Rhin y del Danubio encontró casualmente Caracalla dos pueblos nuevos, los Godos y los Alemanes. Amaba á los Bárbaros, y aun se supone que en sus conferencias privadas les descubrió el secreto de la debilidad del imperio, secreto que ya sus espadas les habian revelado.

Habiendo pasado á Asia, Caracalla visitó las ruinas de Troya. Para honrar y recordar la memoria de Aquiles, cuya verdadera semejanza pretendia ser, quiso llorar la muerte de un amigo; en su consecuencia se administró un veneno á Festo, libertó á quien amaba tiernamente, y despues hizo que le levantaran una hoguera fúnebre. Y como Aquiles, el mas hermoso de los griegos, cortó su rubia cabellera para arrojarla á la hoguera de Patrodo, Caracalla, feo, pequeño y deforme se arrancó dos ó tres cabellos que sus excesos y disolucion le habian dejado, excitando la risa de los soldados, que le veian buscar y hallar á duras penas, en su frente la materia del sacrificio por el amigo á quien habia hecho envenenar (82).

\* CARACALLA, emper. ZEPHERINO, papa. A. de J. C. 213-217.

Caracalla estaba enfermo de sus excesos; su alma sufría tanto como su cuerpo; representábasele sus crímenes, y creíase perseguido por las sombras de su padre y de su hermano (83). Consultó á Escolapio, á Apolo, á Serapis, á Júpiter-Olímpico sin conseguir consuelo alguno, porque los remordimientos no se curan.

\*Mocrino, Prefecto del Pretorio, amenazado por Caracalla se hizo asesinar (84). Se cree que la emperatriz, acusada de incesto con Caracalla su hijo, sucumbió á una muerte dolorosa voluntaria ó involuntaria (85). No quedó ningun individuo de la familia Severo, cuyos infortunios, á pesar de los que dicen los historiadores, inspiraron poco interés á los hombres. En las razas antiguas sorprende la caída; en las modernas, la elevacion, porque las primeras al caer, salen de su situacion natural, mientras que las segundas entran en ella.

Caracalla tuvo templos y sacerdotes, porque Macrino pidió altares para aquel á quien habia asesinado. Los Romanos, libres ya de sus tiranos los convertian en dioses, y así gozaban aquellos de dos inmortalidades, la del odio público y la de la ley religiosa que consagraba este odio.

Macrino cubria con exterior grave y con apariencias de valor un carácter frívolo y tímido; deseó el imperio, lo obtuvo, y se halló embarazado con su posesion. Tenia el instinto del mal, pero carecia de talento: de manera que siendo incapaz de fecundar este mal, cuando habia cometido un crimen, no sabia ya qué hacerle: esto es lo que acontece cuando la ambicion excede los límites de la capacidad, ó cuando una fortuna extraordinaria se ve comprimida en un espíritu limitado y en una alma pequeña, en vez de extenderse á sus anchuras en un ingenio perfecto y en un corazón grande. Despues de catorce meses de reinado, el ejército quitó el imperio á Macrino con la misma facilidad con que se lo habia dado.

Julia, mujer de Séptimo Severo, é hija de Bassiano, tenia una hermana llamada Julia-Meña, que se casó con Julio Avito, y tuvo dos hijas: Scemis y la célebre Mamea. Esta última dió á luz á Alejandro-Severo, y Scemis se habia casado con Vavio-Marcelo; pero no se sabe á punto fijo, si tuvo trato secreto con Caracalla, y si Eliogábalo fue fruto de este trato.

Despues de la muerte de Caracalla, Meña, hermana de la emperatriz Julia, se retiró á Emeso con sus dos hijas Scemis y Mamea, viudas ambas, y cada una con un hijo: Eliogábalo tenia trece años, y Alejandro nueve. Meña logró que diesen á Eliogábalo el cargo de gran sacerdote del Sol. Con sus hábitos sacerdotales era de una belleza extraordinaria, y le comparaban á las estatuas mas perfectas de Baco: Vióle una legion: se prendó de su hermosura y por las intrigas de Meña le proclamó emperador. Júzguese por esto cuál sea el carácter del ejército: eligió á Eliogábalo porque era hermoso, y porque le creyó hijo de Caracalla y de Scemis; es decir, bastardo de un monstruo y de una mujer adúltera.

Macrino hizo marchar contra la legion un cuerpo de tropas mandados por Ulpio-Juliano, el cual, abandonado de las suyas, pereció asesinado. Un soldado le cortó la cabeza, la envolvió, hizo un paquete que cerró con el sello de Juliano, y la presentó á Macrino como la cabeza de Eliogábalo: Macrino desenvolvió el paquete sangriento, y conoció que aquella cabeza pedía la suya. Despues de haber perdido una batalla contra su rival, que desplegó sumo valor, huyó y fue detenido y asesinado. Su hijo, á quien enviaba al rey de los partos experimentó la misma suerte.

Reinó pues Eliogábalo, porque era necesario que

\* MACRINO, emper. ZEPHERINO, papa. A. de J. C. 217-218.

\*\* ELIOGÁBALO, emper. ZEPHERINO y CALISTO, papas. A. de J. C. 218-232.

todas las pasiones y todos los vicios pasasen por encima del trono para que los hombres consintiesen en colocar sobre él á la religion que condenaba todos los vicios y todas las pasiones.

Roma vió llegar á un jóven sirio, sacerdote del Sol, con los párpados pintados, las mejillas teñidas con carmin, vestido con tiara, collar, brazaletes, túnica de tela de oro, ropaje de seda á lo fenicio, y sandalias adornadas con piedras cinceladas. Este jóven sirio iba rodeado de eunucos, cortesanos, bufones, cantores, enanos y enanas bailando y andando de espaldas delante de una piedra triangular. Eliogábalo vino á reinar en los hogares del viejo Horacio, á encender el casto fuego de Vesta, á abrazar el escudo sagrado de Numa, y á tocar los venerables emblemas de la santidad romana (86).

En medio de tantos reinados execrables, distingue el de Eliogábalo por su tipo original. Cuanto la imaginacion de los Arabes ha creado de mas prodigios, en fiestas, pompa y riqueza, no parece sino una tradicion confusa del reinado del sacerdote del Sol: anotaremos estos detalles en el artículo de las costumbres de los Romanos. El vicio que gobernó mas particularmente el mundo en tiempo de Eliogábalo, fue la deshonestidad; este monarca elegia los agentes del poder por las cualidades que mas capacidad les daban para el libertinaje (87); despreciando las distinciones sociales y las preeminencias del talento, colocaba la soberania política en la potencia que mas participa del instinto del bruto.

Sucedió que habiendo tomado varios maridos, dióse por dueño tan pronto un cochero del circo, como el hijo de un cocinero (88). Hacia que le saludasen con el título de *domina* y de *imperatrix*; vestíase de mujer, y entreteníase en labores de lana. Hombre y mujer, prostituido y prostituida, no hubiera adquirido mas pureza aun cuando se hubiera consagrado al culto de Cibele como habia pensado hacerlo (89). Concedió asiento á su madre en el Senado cerca de los cónsules, y creó otro senado de mujeres que deliberaban sobre las preferencias, los honores de la corte y la forma de los vestidos.

Sin embargo, no estaba Eliogábalo desprovisto enteramente de valor. Persegúale el presentimiento de una vida breve; y habia preparado para matarse en un caso, cordones de seda y un puñal de oro, veneno encerrado en vasijas de cristal y de pórfido, y un patio interior empedrado de piedras preciosas sobre las cuales pensaba precipitarse desde lo alto de una torre. Faltáronle tales recursos; vivió en sitios infames, y fue muerto en una letrina (90) con su madre. Cortáronle la cabeza, y su cadáver arrastrado hasta un albañal, no pudo entrar en la abertura demasido estrecha (91); este incidente valió á Eliogábalo los honores del Tiber, por lo cual le dieron el sobrenombre de Tiberino, equívoco que significa el *ahogado en el Tiber*, ó el *pequeño Tiberio*; de este modo se divertían los Romanos hasta con su misma infamia. Cuando el despotismo descendi tan bajo, que su degradacion le quita la fuerza, los esclavos respiran un momento: en tiempos de oprobio el desprecio ocupa algunas veces el lugar de la libertad. No olvidemos para ser justos que Eliogábalo era un niño, pues contaba tan solo veinte y dos años cuando fue asesinado, y habia reinado ya tres años, nueve meses y cuatro dias: pervirtiéronle su madre, su siglo, y la naturaleza del gobierno de que llegó á ser cabeza.

Las mismas mujeres, cuya ambicion habia figurado en los reinados de Caracalla, Macrino y Eliogábalo, contribuyeron á la caída de este último príncipe, y produjeron la inauguracion de su sucesor. Scemis habia persuadido á su hijo á que crease Augusto á su primo Alejandro. Eliogábalo, envidioso de la virtud de Alejandro, intentó primero corromperle, y no pudiendo conseguirlo quiso asesinarlo; Mamea, para salvarle,

le condujo al campamento de los pretorianos. Verificóse una reconciliacion que duró poco, y despues de asesinado Eliogábalo, recibió su primo la púrpura.

Cada emperador al pasar por el sόlo dejaba en él alguna prenda para la destruccion del imperio: permaneció el lujo exagerado que Eliogábalo habia introducido en los muebles, en los vestidos y en la mesa. Desde la fecha de este reinado fueron tomando incremento la profusion de la seda y del oro, y las liberalidades á las legiones. El príncipe sirio habia mandado acuñar algunas monedas de oro dobles y cuádruples de las antiguas, y otras que contenian diez, cincuenta y cien veces su valor: distribuía estas monedas á los soldados á imitacion de sus predecesores, pero como contaba el número y no el peso de las monedas, centuplicaba algunas veces el precio del regalo: ahora bien para variar las costumbres de un Estado, basta variar las fortunas.

No existiendo ya el emperador Eliogábalo, enviaron á Siria al dios Eliogábalo, introducido en Roma con su gran sacerdote. Un decreto prohibió para siempre la entrada de las mujeres en el Senado. Los ensayos del déspota de Asia no envilecieron menos las antiguas instituciones: Júpiter Capitolino, habia cedido su puesto al Sol, y una mujer habia ocupado un lugar en algunos senatus-consultos. La religion es tan necesaria á la duracion de los Estados, que aun siendo falsa arrastra tras sí al desplomarse el edificio político. La sociedad antigua pereció con el politeísmo; pero habíase elevado en su seno otro culto, pronto á reemplazar al primero y á ser el fundamento de una sociedad nueva.

\* Alejandro-Severo, príncipe económico y de buen juicio, consagró casi todo su reinado á las reformas: en los gobiernos viejos se perfecciona la administracion á medida que se deterioran las costumbres: la civilizacion pasa del alma al cuerpo. Desgraciadamente Alejandro no pudo destruir el mal que habia hecho el tiempo: las legiones sediciosas y sedientas de riqueza no podian ya ser reformadas sino por el acero de los Bárbaros. En el cuarto año del reinado de este príncipe, hubo una revolucion en Oriente.

Despues que hubo pasado Alejandro el Grande, y que los Romanos se derramaron por sus huellas sin cubrir las, formóse la monarquía de los Partos. Artaban, último vástago de la dinastía de los Arsácidas, ocupaba todavía el trono cuando Alejandro-Severo fue puesto á la cabeza del mundo romano. Artaban habia sido ingrato con un vasallo suyo, que no tuvo la generosidad suficiente para perdonar la ingratitud: sublevóse contra su señor y se sentó en su sόlo (92). Llamábase Artajerjes; hijo adulterino de la mujer de un curtidor y un soldado, pretendió descender de los soberanos de Babilonia. Nunca se pone en duda la nobleza de los vencedores, y fue lo que quiso ser. Proclamado heredero y vengador de Darío, obligó á su nacion á dejar el nombre de Partos por tomar el de Persas, y estableció un imperio funesto para Roma, el cual despues de haber durado cuatrocientos veinte y cinco años, fue derrocado por los Sarracenos.

No contento Artajerjes con haber libertado á su patria reclamó á los Romanos las provincias que ocupaban en Oriente: ¿querria acaso legitimarse por la gloria? No sabemos si Alejandro-Severo venció á Artajerjes; pero lo cierto es, que volvió á Roma y obtuvo los honores del triunfo (93); de allí pasó á las Galias. Los movimientos de los Godos y de los Persas en los dos extremos del imperio, habian obligado á los Romanos á encaminar sus principales fuerzas al Danubio y al Eufrates, y á retirar cinco de las ocho legiones que custodiaban las orillas del Rhin.

La invasion de los cristianos seguia paralelamente

\* ALEJANDRO SEVERO, emper.; URBANO y PONCIANO, papas. A. de J. C. 232-255.

á la de los Bárbaros. Mamea, madre de Alejandro, profesaba quizás la nueva religión; al menos inspiró á su hijo sumo respeto á este culto. Adoraban en una capilla particular la imagen de Jesucristo entre las de Apolonio de Thyanca, de Abraham y de Orfeo (94). A ejemplo de la comunidad cristiana, que publicaba los nombres de los sacerdotes y de los obispos antes de ordenarlos, promulgaba los nombres de los gobernadores de las provincias (95), para que el pueblo pudiese vituperar ó aprobar la eleccion imperial. Tomaba por regla de su conducta esta máxima: «No hagas para otro lo que no quieras que te hagan á tí:» y habia mandado que se grabase en su palacio, y en las paredes de los edificios públicos. Cuando el verdugo castigaba á un reo, repetiale la sentencia favorita de Alejandro (96): así una sola palabra del Evangelio, creaba un príncipe justo en medio de tantos príncipes infucos.

Pero los juriconsultos ascendidos á los consejos y á los cargos del Estado, Salbino, Ulpiano, Pablo, y Modestino, eran enemigos de los discípulos de la cruz; el culto de estos parecia á tales magistrados, amantes y custodios de lo pasado, una novedad destructora de las antiguas leyes (97) y de los viejos altares. Ulpiano habia compuesto el séptimo libro de un tratado sobre *el deber de un cónsul*, coleccionando los edictos que declaraban qué delitos, eran dignos de castigo, y las penas que se habrian de imponer á los cristianos.

Ulpiano, prefecto del Pretorio, degollado por sus propios soldados, habia sido discípulo de Papiniano. Viene en seguida Pablo y Modestino, extinguiéndose en este último la antorcha de aquella jurisprudencia cuyos oráculos fueron recogidos por Teodosio el Joven y Justiniano. Por lo demás, si las leyes sabias testifican el talento de un pueblo, tambien dan testimonio de sus costumbres, así como del remedio se colige el carácter de la enfermedad. En el principio carecieron los Romanos de leyes escritas; y en tiempo de sus tres últimos reyes se reunieron unas cuarenta decisiones bajo el nombre de código papiniano (98). Las doce tablas que componian un total de ciento cincuenta textos (háyanse ó no copiado de la Grecia y explicado por el desterrado Hermodoro (99), bastaron á la república mientras conservó la virtud. Siguieron despues bajo el mismo dominio de la república el derecho flaviano y el derecho eliano. Con Augusto tuvo principio, bajo el imperio, la ley *regia* que algunos han negado, y sucesivamente se fueron amontonando las diferentes constituciones de los emperadores, hasta los códigos gregoriano y hermogeniano. Corrompidos entonces los Romanos, no tuvieron bastante ya con los *senatus-consultos*, los *plebiscitos*, los *edictos de los príncipes*, los *edictos de los pretores*, las *decisiones de los juriconsultos* y el *derecho consuetudinario*. Al paso que envejecia la familia, multiplicaba los casos de jurisprudencia; sutilizábase el espíritu de los tribunales á medida que se embrollaban las relaciones de las cosas y de los individuos. Dos mil volúmenes compilados por Triboniano forman el cuerpo del derecho romano, con la denominacion del código Digesto, Pandectas, Instituciones y Novelas, no contando con el derecho greco-romano ó sea la paráfrasis de Teófilo y los siete volúmenes en folio de los Basílicos, obra de los emperadores Basilio, Leon el Filósofo y Constantino Porfirogénito; sólida mole que ha sobrevivido á Roma, pero que no pudo apuntalarla lo suficiente para impedir que se hundiera. La sociedad vive mas por las costumbres que por las leyes, y las naciones que no se salvan por su inocencia, perecen muchas veces con su sabiduría.

Durante los reinados de Severo, Caracalla, Malvino, Eliogábalo y Alejandro, el papa Ceferino sucedió á Victor mártir, Calisto á Ceferino, Urbano á Calisto, y Ponciano á Calisto. Minucio-Feliz escribió su diálo-

go en defensa del Cristianismo. Paseábase una mañana Minucio por la orilla del mar en Ostia, con Octavio cristiano y Cecilio que seguia el paganismo: los tres interlocutores se entretenian por de pronto en mirar á unos niños que jugaban tirando piedras lanas que hacian saltar sobre la superficie de las aguas, y despues se sentó Minucio entre los dos amigos. Cecilio que habia saludado á un idolo de Serapi, preguntó por qué los cristianos se ocultaban, por qué no tenian templos, imágenes ni altares. ¿Cuál es su Dios? ¿De dónde procedia el culto de ese Dios único, solitario, abandonado, que ninguna nacion libre conocia, cuyo poder era tan débil que juntamente con sus adoradores se hallaba cautivo de los Romanos? Los Romanos sin ese Dios gobiernan y gozan el imperio del mundo. Los cristianos, siguió diciendo Cecilio, no usais de perfumes, ni os coronais de flores; estais pálidos y temblando; no resucitais como pensais, y no gozais de la vida por esperar esa vana resurreccion.

Octavio respondió que el mundo es el templo de Dios, y que una vida pura y las buenas obras son el verdadero sacrificio. Refutó la objecion sacada de la grandeza romana, volvió en ventaja suya el argumento de la pobreza dirigido contra los discípulos del Evangelio, y Cecilio se convirtió. Pocos diálogos de Platon ofrecen una escena tan bella ni discursos mas nobles (100).

Orígenes hijo de un mártir, abrió en Alejandria su escuela cristiana; enseñaba en ella toda clase de ciencias, y Mamea, madre del emperador, quiso verle: los paganos y los filósofos asistian á sus cursos, le dedicaban obras y le elogiaban en sus escritos. Orígenes habia aprendido el hebreo; estudiaba ademas la Escritura en la Version de los Setenta, y en las tres versiones griegas de Aquila, Teodosio y Simmaco. Compuso un número tan considerable de obras, que siete estenógrafos se ocupaban en escribir diariamente bajo su direccion (101): sabidas son su falta y su condenacion. Tuvo el talento, la elocuencia y la desgracia de Abelardo sin deberlo á una pasion humana; no fue débil sino por la ciencia y la virtud. En Orígenes se verificó, la trasformacion del filósofo pagano en filósofo cristiano: habia en su método una claridad inmensa y en sus palabras un encanto indecible. Otros escritores eclesiásticos sobresalieron entonces, particularmente. Hipólito, mártir, y quizás obispo de Ostia, que inventó para encontrar el día de Pascua un ciclo de diez y seis años, que ha llegado hasta nosotros (102).

Hemos visto á Alejandro marchar á las Galias, donde solo quedaron tres legiones. Habíase introducido en ellas el desórden, y el emperador se esforzó en restablecer la disciplina; subleváronse á instigaciones de Maximino. El hijo de Mamea llevaba ya trece años de reinado, y prometia larga vida: esto era demasiado: las liberalidades que los aspirantes á la púrpura prodigaban al soldado al tiempo de su eleccion se convirtieron para ellos en una nueva causa de su propia ruina. El imperio era una hacienda que el príncipe arrendaba mediante una suma convenida; pero con una cláusula tácita, en virtud de la cual se comprometia á morir pronto.

Asesinos excitados por Maximino, dieron muerte á Alejandro y á su madre en Secila, cerca de Maguncia.

El imperio perdió los vestigios del órden con que habia sobrevivido hasta entonces: guerras civiles, invasion general de los Bárbaros, territorio desmembrado, provincias saqueadas, mas de cincuenta príncipes elevados y precipitados; tal es el espectáculo que se presenta á la vista por espacio de medio siglo, hasta el reinado de Diocleciano en que el mundo se sumergió en otros infortunios. Un estado que encierra en su seno el germen de su destruccion, sigue marchando en tanto que nadie pone su mano en él

pero al menor choque se rompe: la ciencia consiste en dejarle caminar sin tocarle.

\* Maximino reemplazó á Alejandro.

Ya tenemos al primer bárbaro en el solio, y de aquella misma estirpe que produjo al primer vencedor de Roma. Habia nacido en Tracia, su padre se llamaba Micca, y era godo; el nombre de su madre era Ababa, y descendia de los Alanos. Pastor primero, fue soldado luego en tiempo de Séptimo-Severo, centurion en el de Caracalla, tribuno en el de Eliogábalo, cuyo destino estuvo á punto de renunciar por pudor (103), y finalmente comandante de las nuevas tropas levantadas por Alejandro, cuyo bienhechor sacrificó el ambicioso bárbaro.

Tenia su estatura ocho piés y medio de alto: arastraba él solo un carro cargado, rompía de una puñada los dientes ó la pata de un caballo, reducía á polvo las piedras con los dedos, hendia los árboles, echaba á rodar por el suelo diez y seis, veinte y hasta treinta luchadores; sin tomar aliento, corria con la rapidez de un caballo á galope, llenaba varias copas con su sudor; comia cuarenta libras de carne, y bebia veinticuatro azumbres de vino al día (104). Era grosero, carecia de instruccion, apenas sabia hablar la lengua latina, despreciaba á los hombres; era duro, altanero, feroz y astuto, pero casto y amante de la justicia; tampoco carecia de valor, aunque no perteneciese como Alarico al número de los soldados cuya espada es bastante ancha para hacer una herida que quede impresa en el género humano. Descúbrese aquí una nueva raza de hombres, sobradamente dotada de las prendas que le faltaban ya á la antigua. Dios tomaba de la mano al alistado en sus milicias para mostrarlo á la tierra y anunciar la trasmision de los imperios. Solo habian mediado trece años desde el reinado de Eliogábalo hasta el de Maximino, y el uno era el fin y el otro el principio de un mundo.

Así una misma generacion de Romanos tuvo por señores en menos de la cuarta parte de un siglo á un africano, un asirio y un godo, y pronto veremos el imperio en poder de un árabe. Entre estos diferentes aventureros, candidatos del despotismo que afluan á Roma, ninguno vino de Grecia; aquella tierra de independencia se negaba á producir tiranos. En vano destruyeron los Godos sus obras maestras; la devastacion y la esclavitud no lograron privarla de su genio ni de su nombre. Derribábanse sus monumentos y sus ruinas se hacian mas sagradas; dispersábanse estas ruinas y debajo de ellas se encontraban los sepulcros de los hombres grandes; destrozábanse los sepulcros y salia de estos una memoria inmortal. Patria comun de todas las celebridades, país donde nunca faltaron habitantes, porque donde quiera que nacia un extranjero ilustre, allí nacia un hijo adoptivo de la Grecia, aguardando la resurreccion de aquellos indígenas de la libertad y de la gloria, que debian un día tornar á poblar los campos de Platea y de Maraton.

Vueltos los Romanos de su sorpresa, se sublevaron no pudiendo soportar la idea de que los gobernase un godo convertido en ciudadano en virtud del decreto de Caracalla: ¿cuál si conviniese á unos esclavos mostrar la menor altivez!

Estallaron varias conspiraciones, y fueron castigadas: Maximino pretendia reformar el imperio del mismo modo que habia restablecido la disciplina de las legiones con los suplicios. Por la menor falta sentenciaba á los principales ciudadanos á ser arrojados á las fieras, clavados en la cruz, ó cosidos dentro de animales recién muertos. Aborrecia al Senado y á aquellos patricios, que eran los mas viles y los mas insolentes de los hombres; tenia la debilidad de aver-

\* MAXIMINO, EMPER., ANTERO Y FABIANO, PAPAS. A. DE J. C. 255-258.

gonzarse de su nacimiento, en presencia de los nobles, que olvidaban con demasiada vileza su origen para tener el derecho de acordarse del suyo. Algunos amigos que le habian socorrido cuando era podre, perecieron asesinados; no pudo perdonarles sus recuerdos (105), y sin embargo no debia haber sacrificado á los testigos de su miseria, sino á los de su fortuna. Inspiró, tal terror á los senadores, que se hicieron rogativas públicas para que pluguiese á los dioses impedirle la entrada en Roma.

Habíanle llamado Hércules, Aquiles, Ajax, Milon el Crotoniata; diéronle entonces los nombres de Cíclope, Falaris, Buriris, Esciron, Tifon, y Giges, porque el pueblo con la corrupcion habia recaído en las fábulas, como se vuelve á la infancia en la vejez.

Maximino derrotó á los Sármatas y á los Germanos; escribia el senado: «No podríamos decir lo que hemos hecho, padres conscriptos; pero hemos incendiado los pueblos de los Germanos, arrebatándoles sus ganados, recogido prisioneros y exterminado á los que nos resistian.» Y en otra ocasion: «He terminado mas guerras que capitán alguno de la antigüedad, trasladado al imperio romano inmensos despojos, y hecho tantos cautivos que apenas podrian contenerlos las tierras de la república.» (106)

Mas el Africa se sublevaba, y proclamaba Augustos á los dos Gordianos, padre é hijo.

Gordiano el Viejo, proconsul de Africa, descendia de los Gracos por su madre y de Trajano por su padre, esto es, de los mas ilustres que brillaron en Roma libre y esclava. Su padre, su abuelo, su bisabuelo y él propio habian sido cónsules: no era posible contar sus riquezas; citábanse sus juegos, sus palacios, sus caños, sus pórticos: eran estas sobradas prosperidades para morir, aunque es verdad que el imperio le alcanzó á pesar suyo.

Habiendo sido asesinado un recaudador del fisco en Thydro de Africa, los autores de esta muerte, para librarse de la venganza de Maximino, revistieron á Gordiano el Viejo con las insignias del poder. Rechazólas Gordiano y se revolcó por el suelo llorando: pero fue inútil su resistencia, porque le condenaron á la púrpura. Saludaron Augusto á Gordiano el Joven, que como amigo de las letras deploraba los infortunios de su patria entre las mujeres y las musas.

El Senado confirmó la eleccion de ambos Gordianos, y declaró á Maximino enemigo de la república. Al recibir el emperador esta noticia se golpeó la cabeza contra las paredes, desgarró sus vestidos, empuñó su espada, intentó arrancar los ojos á su hijo; bebió y lo olvidó todo. Al día siguiente reunió sus tropas y les dijo: «Compañeros, los Africanos han faltado á sus juramentos como acostumbra. Han elegido por señor á un anciano á quien convendria mejor el sepulcro que el imperio. El muy virtuoso Senado, que en otro tiempo asesinó á Rómulo y César me ha declarado enemigo de la patria mientras yo combatia y triunfaba en provecho suyo. Marchemos contra el Senado y los Africanos: vuestros son todos sus bienes.» (107)

Cuando Maximino pronunciaba este discurso no tenia ya nada que temer de los Gordianos (108). Capeliano, gobernador de Numidia, fiel á Maximino, ganó una batalla en que pereció el joven Gordiano. Gordiano el Viejo se aborció con su cinturón para no sobrevivir á su hijo y salir libremente de las grandezas en que habia entrado por fuerza.

El Senado designó dos nuevos emperadores, Maximo-Pipiano, soldado valiente, y Claudio Balbino, orador y poeta: les eligió entre los veinte comisarios á quienes habia encomendado la defensa de Italia. Un tercer Gordiano, nieto del viejo Gordiano, y sobrino ó hijo del joven, de edad de trece años, fue al propio tiempo proclamado César. Corrieron mensajeros por